

HELENA BÉJAR, *La dejación de España*, Katz Editores, Buenos Aires, 2008. 290 páginas.

Helena Béjar es profesora titular de la facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense y autora de obras como *La cultura del yo*, *El corazón de la república* y *El mal samaritano*. También ha escrito artículos para numerosas revistas especializadas como *Claves de la razón práctica*, *Isegoría* o *REIS*, entre otras, y ha realizado numerosas investigaciones en la Universidad de Berkeley (California). En esta obra la autora realiza un acercamiento al nacionalismo español y periférico desde el punto de vista de la pertenencia a partir de un estudio cualitativo con grupos de discusión. Este punto de vista de la pertenencia hace referencia a la vinculación afectiva de los sujetos con el territorio; es decir, la autora intenta descubrir cuáles son los lazos que ligan a los individuos con su territorio.

Aunque no es un estudio de la sociedad española en general, sí es una muestra muy significativa de las identidades más visibles de la misma. La autora analiza los distintos grupos según el discurso que estos muestran y, a partir de citas de los componentes del grupo, se comparan los argumentos dados a cada postura. Esta información se complementa con la referencia a teorías de autores como Ernest Renan, José Álvarez Junco, Max Scheler o Juan José Linz, por lo que la información que recibe el lector es muy abundante, propiciando además una comprensión global de cada una de las ideologías mostradas.

Según el análisis de la autora los discursos pueden ser divididos en cuatro grandes grupos: el españolismo tradi-

cional, el neoespañolismo, el nacionalismo subestatal moderado y, finalmente, el nacionalismo subestatal soberanista.

En los dos primeros se percibe una concepción unitaria de España. En el discurso españolista tradicional hay una gran connotación de centralismo y cierta relación nostálgica hacia el franquismo. Lo integran grupos de clase media-alta identificados con el Partido Popular (PP). En este grupo la autora expone, entre otras, la tesis de Albert O. Hirschman acerca de los peligros que entraña el cambio, el miedo a que lo nuevo arrebate lo que ya se ha conseguido. El discurso neoespañolista, sin embargo, se sitúa en una posición de patriotismo ilustrado, desde el que se valora el ejercicio del derecho político, es decir, una ciudadanía activa y comprometida.

En ambos grupos existe animadversión al nacionalismo subestatal, aunque en el discurso neoespañolista se muestra una mayor tolerancia. En la mayoría de los casos de españolismo tradicional se responsabiliza al modelo autonómico, y a la victimización por parte de las regiones con un discurso nacionalista más articulado, de la situación actual de preferencia que poseen. También desde este grupo se critica la Ley Electoral existente que, a su juicio, deja el poder del Parlamento a grupos nacionalistas.

El gran déficit de los discursos españolistas frente a los del nacionalismo subestatal reside en que los primeros se sitúan en un plano más ilustrado, es decir, con argumentos de raciocinio (ciudadanía, constitucionalidad), sin una presencia clara

de elementos tan emotivos como los utilizados a nivel subestatal, tales como la historia común, la cultura o el lenguaje. En la cultura española, aunque estos signos también están presentes, no se realiza el mismo énfasis en ellos a pesar de que son argumentos de un gran calado social que crean fácilmente un vínculo entre el individuo y su nación. La ausencia de este uso da lugar a una identidad española difusa y poco definida. Entre las causas a las que se alude para explicar la falta de signos emotivos en la identidad española, Béjar cita el excesivo uso del simbolismo en la dictadura franquista, la ausencia de construcción de un Estado Liberal fuerte —debido a las intromisiones constantes de militares en la política durante el siglo diecinueve y principios del veinte—, y la no recuperación de los símbolos por la izquierda y el centro izquierda durante la transición española.

Por otra parte, la autora observará una serie de características básicas en el nacionalismo subestatal moderado y soberanista. Su primer arma es el *lenguaje*, que ambos utilizan de manera sentimental para construir su argumentación, y al que dotan de expresiones o términos queridos —los referidos a la propia nacionalidad— o rechazados —cuando se refiere a la cultura española. La lengua es también la justificación de la diferenciación y de su valía por encima de las demás culturas. Ésta se considera incluyente, y es una característica que otorga más derechos, así como necesita de un tratamiento especial. Todo ello conlleva una *identidad fuerte*, anclada en el sentimiento y la diferencia, definida como auténtica, que es lo que da derecho a más autogobierno y, en el caso soberanista, a la independencia. Las naciones sin estado son también tratadas como cosas en sí mismas,

como seres con vida propia y no como conjunto de voluntades; tienen su propio desarrollo y fin.

Otra de las características de estos nacionalismos subestatales es el *historicismo*, pues engrandecen su propia historia, a veces incluso distorsionándola, porque es finalmente la historia quien demuestra que cierta cultura es más antigua o valiosa que la del propio Estado. En relación con la historia se encuentra también el *linaje*, otro símbolo de la vinculación a la propia cultura, y el *victimismo* de estas naciones sin estado, que han sufrido tal opresión que la deuda que se debe pagar siempre va a más.

Y como elemento de reafirmación, un Otro contra el que verse, aparece el Estado dentro del que se encuentran. Mientras la cultura del nacionalismo subestatal se percibe como incluyente, pactista, tolerante o cooperativista, la cultura a la que se oponen es excluyente e intolerante. Al igual que el nacionalismo periférico se percibe como natural y espontáneo, el español es considerado reactivo, casi artificial. España, en los nacionalismos periféricos, o bien es negada como realidad, o es definida como fracaso, o no se la reconoce. Aquí Béjar destaca la influencia de la tesis de Juan José Linz que hace referencia a la disociación entre Estado y nación existente en España, donde se enfatiza que España no ha sido considerada *nación* para minorías importantes debido, principalmente, a una creación nacional temprana en la que no se integraron completamente las élites de la periferia.

La diferencia existente entre nacionalismo moderado y soberanista existe en el lenguaje región/nación pero, sobre todo, en la defensa de la independencia total que

se da en el soberanista, y dentro de éste, en la existencia de grupos que legitiman la violencia para conseguirlo.

En esta obra de la profesora Béjar, crítica finalmente con casi todo tipo de nacionalismo existente, se dan las claves para entender cuáles son las diversas posturas al respecto en nuestro país. La autora, en un trabajo no exento de carga política, deja ver al lector que es necesario una reafirmación de la identidad española que se presenta siempre como débil frente a la fuerza de alcance que posee el nacionalismo periférico: “[e]s preciso...reconstruir la tradición del nacionalismo liberal español y afirmar...el dolor sentimental de

España como nación” (p. 267). Es un texto muy claro que contiene información valiosa. Aunque se dan algunos pasos para la posible resolución del déficit en la identidad española, como desmontar el lenguaje nacionalista dándole la vuelta a la terminología empleada por éste, se abre un interrogante al lector: ¿cómo se puede hacer? La conclusión que se motiva tras la lectura es que, existan o no los nacionalismos periféricos, debe forjarse una identidad común, más fuerte, para evitar que ocurra lo inevitable, el desencanto de una nación.

IRENE ESTEBAN PÉREZ